

## IV

**Velada de armas y mañana de fiesta.**

Aquel mismo día y de acuerdo con una lista del duque de Orleans, Luis XV indultó á varios prisioneros de la Bastilla por causas leves. Entre ellos fué incluido, bien por descuido del príncipe ó por la insignificancia del personaje, el gordo Oriol que ya pensaba que iba á morir en la famosa fortaleza.

Al verse libre experimentó un júbilo delirante; pronto sintió también un tanto de orgullo.

Desde el encierro del duque de Richelieu, era de buen tono para la juventud noble y calavera pasar algunas semanas preso en aquel castillo, sin acordarse que al ingresar en él había lanzado terribles maldiciones al Regente á Gonzaga, á Peyrolles, á Lagardère y á casi todos sus conocidos.

No tenía el menor deseo de averiguar el paradero del príncipe para ir á someterse de nuevo á su despótica dominación, ya que el indulto con que acababa de ser agraciado entrañaba la cesación de su destierro. Resuelto, pues, á gozar de la vida, sin arriesgarla nuevamente, ante todo pensó en buscar á la Nivelles.

A este efecto dirigióse hacia la Ópera, y quiso su mala suerte que se encontrara de manos á boca con Peyrolles.

El encuentro no le hacía maldita la gracia; en su consecuencia, trató de esquivarse, y acaso lo hubiera conseguido á pesar de su poca agilidad, á no ir el mayordomo acompañado del barón de Batz, que le reconoció, le detuvo y exclamó satisfecho, en su media lengua habitual, cambiando las *ces* en *ges*, las *bes* en *pes*, las *des* en *tes*, las *efes* en *ves* y viceversa, del cual trueque hacemos gracia al lector por no aburrirle:

—¡Tripas del diablo! ¡El pícaro no ha enflaquecido en la Bastilla!... ¡Por el cielo!... Debes de tener el brazo descansado, tú, y la faena que nos ha caído encima no es floja. Anda, vente.

—Un acero más no es de desdeñar—añadió Peyrolles, cuya cara de buitre trató de sonreír en vano.—¡Bienvenido, querido Oriol! El príncipe se alegrará mucho de volveros á ver, así como yo.

El ex negociante hizo una mueca, pero se reprimió, y armándose de todo su valor, después de invocar mil excusas tan ridículas unas como otras para salir del paso, terminó diciendo:

—En fin, necesito cuarenta y ocho horas

para arreglar mis asuntos y me hace falta libertad completa durante ese plazo. Pese á todos los diablos necesito esos dos días y los tendré.

Nunca, en toda su vida, mostró resolución tal, resolución de manumitirse, el hombrecillo; pero ¡ay! su cobardía proverbial había de deshacer muy pronto, como espuma, aquella firme decisión.

—Dentro de cuarenta y ocho horas—insinuó el factótum —ya no tendremos necesidad de vos. Y no olvidéis lo que varias veces ha dicho Monseñor: «El que no está conmigo, está contra mí.»

Pronunció sus palabras Peyrolles con acento amenazador, no porque se curase mucho de la ayuda del tímido Oriol, sino porque no le hubiese agradado que se pasara al campo contrario. El ex negociante hallábase perplejo y con ganas de romper por todo, pero el barón, que no entendía de esos tiquis miquis, le agarró por el brazo y ordenóle con imperio:

—¡Eh! ¡Basta ya de parola, y anda adelante y sin cerdear!...

El alemán, que tan brutalmente zanjaba las dificultades, procedía de buena fe. Su reflexión era la siguiente:

—Si para bien de la asociación debe de estar á nuestro lado Oriol, ¿para qué perder el tiempo en discusiones y tontunas?

El gordo obedeció, no sin hacer amargas reflexiones. No valía la pena, en rigor, de haber sido agraciado por el Regente, de haberse librado de la Bastilla hacía tan poco rato para caer en seguida prisionero de Gonzaga. Á lo menos, en la fortaleza del Estado no tenía que temer estocadas; la integridad de su piel estaba á salvo.

Esto ocurría dos horas después del suceso del cementerio. Una vez pasado el peligro, el mayordomo recobró al ánimo y su personalidad, volviendo á ser intrigante y perverso. Y volvía entonces acompañado del barón, á quien eligió como compañero, no por simpatías, sino por su gran fuerza y por lo torpe de cacumen, de estorbar un plan de su señor para procurarse oro.

Cuando el príncipe huyó á España después de las terribles revelaciones de Lagardère en pleno Tribunal, y tras el doble reto del cementerio Saint-Magloire, llevóse consigo una suma considerable de oro; pero todo tiene fin en este mundo, y, en asoldar bandidos, alimentar á sus enrodados y los gastos de viaje, etcétera, aquella cantidad estaba á punto de acabarse.

Ahora bien; para el caso en que saliera con vida del último lance con Lagardère, lo cual esperaba, necesitaba escapar y llevar mucho

dinero, pues esta vez la fuga de Francia había de ser definitiva.

Para ello no necesitaba de empréstitos; sabía dónde hallar grandes riquezas que le habían pertenecido y que, en su opinión, seguían siendo suyas; la dificultad estaba en llegar á recobrarlas.

Con efecto: la noche misma en que huyó llevándose á Aurora, la princesa trasladóse al palacio de Nevers, y el de Mantua, sito en la calle Quincampoix, fué secuestrado y cerrado, poniéndose en él centinelas militares para impedir la entrada á todo el mundo. Todos los que habían sido arruinados por el príncipe, al pasar ante la *Mansión de Oro*, amenazaban con el puño cerrado y maldecían al proscrito.

Y como Gonzaga menos que otro alguno podía penetrar en la casa para sacar dinero, ideó aquella misma mañana con su factótum un plan con objeto de burlar la vigilancia de la guardia y proveerse de oro en su propio palacio.

Creía ser el único en saber el secreto de lo que encerraban sus cofres, pero se engañaba; Peyrolles lo conocía; en aquellas materias no había cosa que pudiera ocultarse al codicioso mayordomo, el cual, si reconocía al de Mantua como su señor y se doblegaba sin chistar ante él, cumpliendo todas sus exigencias, tenía otro

amo mucho más poderoso, mucho más exigente y mucho más tiránico: el ORO.

Claro que Felipe podía salir victorioso y matar á Lagardère; era natural que quisiera llevarse su tesoro al expatriarse. Pero ¿y si, como creía Peyrolles lo más probable, resultaba vencido?

Luchando contra tal adversario era de temer.

Es decir: de *temer*, no; porque, muerto Gonzaga, su mayordomo podría apoderarse de aquel enorme tesoro, ponerlo á salvo y llevarlo al extranjero para disfrutarlo tranquilamente. Tal era el plan del digno factótum.

Así, pues, dejó hablar á su amo, anotando cuidadosamente en su memoria todas las indicaciones útiles para su plan, y cuando al fin el Príncipe le pidió su opinión acerca del éxito de la tentativa, el traidor se apresuró á aprobarla en todos sus pormenores, elogiando la iniciativa de su señor y prometiéndole el más feliz resultado.

Pero para sí, en el fondo de su pecho, donde imperaba absoluta la codicia, proponíase hacer abortar el proyecto á toda costa y por cualquier clase de medios.

Habían decidido la hora: aquella misma noche, después de las doce; y, convenido todo, mientras Gonzaga se frotaba satisfecho las manos congratulándose del feliz resultado de sus

planes, su maquiavélico consejero, sonriendo sarcásticamente, escribió una carta denunciando el plan al jefe de la guardia.

Hecho esto, salió con Batz, tomando el primer pretexto plausible que se le ocurrió, y se dirigió hacia la calle de Quincampoix.

A veinte pasos del centinela hizo emboscar al barón tras una esquina y adelantó sólo, dejando caer un papel al pasar al lado del soldado.

Antes de alejarse se cercioró de que el guardia lo cogía, lo leía y llamaba al jefe del puesto para entregárselo.

En la carta decíase que á media noche sería asaltado el palacio para robar las alhajas y objetos preciosos que en él había, y el jefe de la guardia comunicó la denuncia á sus superiores.

Una hora más tarde la guardia se había triplicado, acampando soldados en el patio y hasta en algunas habitaciones.

Con arreglo á su programa, Felipe de Mantua, seguido de sus enrodados, llegó al filo de media noche á la suntuosa morada que fué suya otrora.

Al ver aquel lujo de precauciones, aquel aumento de guardias que hacía inútil toda tentativa, mordióse los labios hasta que sangraron, mientras que el factótum aparentaba estar lo más asombrado y pesaroso del infausto



... dejando caer un papel al pasar al lado del centinela

contratiempo. Sin embargo, y como se supon-  
drá, en su fuero interno, el traidor estallaba de  
júbilo. Ya creía seguro que el oro de su amo  
sería para él.

El edificio levantado por Gonzaga en su  
pensamiento se derrumbaba y caía piedra por  
piedra. Habíase convertido en asesino para ro-  
bar la fortuna de Nevers agregándola á la suya,  
y después de cometer una serie de crímenes  
innobles: el perjurio, el rapto, la traición, la  
falsedad, de haber recurrido á todas las infamias,  
de haber cometido todas las cobardías,  
pisoteando todos sus deberes, ¿qué resultado  
obtenía?

Se había hecho un enemigo del Regente,  
enemigo temible y poderoso, que podía aniqui-  
larlo; se le había escapado de entre las manos  
la codiciada fortuna de su víctima, y podía dar  
por perdida también la suya, la propia. Para  
obtener tan mezquino, tan deplorable resulta-  
do, torturó mujeres, hizo matar á más de cin-  
cuenta hombres y convertido su vida, en los  
últimos años, en tejido horroroso de crímenes.

Por un momento casi se arrepintió de ha-  
ber citado á su adversario en un plazo, tan breve  
para poder preparar su fuga y asegurársela;  
pero su orgullo insensato se sobrepuso al cabo  
y resolvió continuar su obra á pesar de todo y  
á cualquier costa.

Durante un buen rato, y ya de regreso á su  
madriguera, nadie se atrevía á acercarse á él ni  
á hablarle; el mismo Peyrolles, no obstante su  
proverbial osadía y la confianza que su señor  
le concedía, comprendió que cualquier palabra  
podía costarle la vida. Todos le miraban de  
reajo, intranquilos y taciturnos.

De pronto se irguió altivo y más insolente  
que nunca, exclamando colérico:

—¿A qué conduce mirar á lo pasado? Exa-  
minemos más bien lo porvenir. Hoy mismo,  
señores, debe de casarse Lagardère. Es la una  
de la madrugada y la jornada será larga.

Los enrodados se agruparon en torno suyo  
sin pronunciar palabra y pendientes de los la-  
bios del Príncipe, cuyo tono grave hacía adivi-  
nar la importancia de sus declaraciones.

—El Regente estará de boda, y quizá tam-  
bién el Rey. Desde aquí oiremos el órgano y ve-  
remos á los novios subir las grádas de la iglesia,  
la doble pareja: Aurora y Enrique, Flor y Cha-  
verny; la princesa mi mujer, porque hagan lo  
que quieran es mi mujer, se presentará del  
brazo de Lagardère... y no veremos más, seño-  
res, porque no estamos invitados á la ceremo-  
nia... Si quisiéramos asistir probablemente nos  
sucedería como en el palacio Gonzaga: que nos  
impedirían los guardias.

Calló un momento, clavando su mirada en

sus antiguos gentileshombres, que había convertido en esclavos, y prosiguió con sarcasmo:

—Es una falta imperdonable de M. de Lagardère no habernos invitado... pero iremos de todos modos.

—¿Y los guardias?—preguntó Nocé.

—¡Diablo! ¿Y los guardias?—repitió el teutón.

—Llegarán después que nosotros. Las espesuras se han hecho para poder ocultarse en ellas. Preguntádselo á Peyrolles... lo que no implica para vosotros la obligación de tener miedo, como él... Bueno; estaréis allá ocultos tras matorrales y tumbas, esperando al Conde... No tengáis cuidado: acudirá...

—¿A qué hora?

—No lo sé... Indudablemente esta noche... ¿Habéis comprendido?

Su silencio respondió por ellos.

Sabían que se preparaba aquella expedición nocturna y no se les ocultaba su importancia.

El Príncipe, tras breve pausa, prosiguió con marcado sarcasmo:

—¿No os hace gracia, señores...? Peor para vosotros. Ya os he dicho otra vez que tengo un registro y cada uno de vosotros tiene dedicada una página. Arriba consta lo que os he dado, y abajo lo que he recibido de vosotros.

Y se calló de nuevo, clavando una mirada fría, cruel, en sus instrumentos, que no se atrevían á protestar ni menos á sublevarse.

Al cabo, continuó:

—Estamos muy distantes de estar en paz, y si me viniera en ganas de liquidar esta noche misma, me agradaría mucho veros dispuestos á saldar vuestra cuenta.

Ante aquellas palabras insolentes y mordaces, los enrodados se indignaron; conocían muy bien la cuenta de Gonzaga, y sólo con las espadas puestas á su servicio podían saldarla.

—No hemos negociado ni regateado nunca—dijo Montaubert.—Hoy, como ayer, nuestro contrato está en vigor... Eso de retraerse ante el peligro inminente es bueno para Chaverny y Navailles.

—También saldarán su cuenta, perded cuidado—añadió el Príncipe.

—Nosotros firmamos ya las nuestras, pero si hace falta nuevo reconocimiento...—replicó Nocé.

—¿Para qué?—objetó con altivez burlona Gonzaga.—¿Qué sería de vosotros si diera ahora mismo por saldada nuestra cuenta y os abandonara á vuestras propias fuerzas? El cadalso os acecha... Oriol ya ha probado la Bastilla... y yo solo puedo salvaros, reconstituir vuestra fortu-

na... y la mía. Tenemos que pensar en ello ahora mismo.

—Cuando queráis, Monseñor— repondió Montaubert.

Los enrodados estaban de nuevo bajo el yugo: su amo tenía razón; sin él sólo eran víctimas propiciatorias de la justicia. Acaso Felipe de Mantua hubiera sido bastante menos sin ellos, pero no le correspondía á él decirlo. Paseó una mirada circular por los rostros contritos de sus esclavos y continuó:

—La hora del descanso, bien ganado, está próxima. Nada de debilidades si queréis vivir y gozar de la victoria. Id á afilar vuestras espadas, y en cuanto oigáis el repique de las campanas, bajad al cementerio y apostaos en derredor de la tumba de Nevers... No os inquietéis si no estoy allí; yo también, como Lagardère, os digo: *Acudiré*.

En otro tiempo nadie tenía sueño en aquella mansión destinada al placer; aquella noche nadie pensó tampoco en dormir, y aún estaban arreglando los últimos pormenores del plan cuando apuntó el alba.

Por una vez, á lo menos, no les desveló la orgía.

.....

Aquella mañana al despertar de su Alteza

Real, Brehant mostróse inflexible y no dejó entrar á nadie en la alcoba.

Lagardère y Chaverny fueron introducidos por una puerta secreta, y el Príncipe al verles tendiéndoles afectuosamente la mano.

—Buena noticia, señores. Su Majestad y yo decidimos anoche casaros hoy mismo.

Luego, después de gozar un instante con el asombro pintado en la faz de ambos caballeros, prosiguió:

—No podéis dar con el motivo de esta resolución, ¿verdad?... Pues voy á decíroslo.

Y tras breve pausa, Su Alteza prosiguió:

—Esta tarde á primera hora se celebrará en las Tullerías (1) la Asamblea magna para reconocer la mayoría de edad de Su Majestad. Vosotros no estaréis, pues tenéis algo mejor que hacer; pero todo lo mejor y más ilustre del reino asistirá... ¿Comenzáis á comprender, M. de Lagardère?

—Creo que sí, monseñor; pero temo mucho equivocarme.

(1) Como verá el lector, seguimos usando el término de Tullerías adoptado por algún ignorante y que ha tenido la fortuna que suelen tener los mayores disparates: la de perpetuarse á favor de la estúpida rutina. En rigor, la traducción es *Tejerías* (de *tuile*, teja), por haberse edificado el palacio en el emplazamiento ocupado durante muchos años por unos *tejares* ó fábricas de tejas y ladrillos. (*N. del T.*)

—Pues bien; al salir de las Tullerías el Rey y su corte entera irá á Saint-Magloire, á presenciar el casamiento del Conde de Lagardère y el del Marqués de Chaverny. Tenedlo todo dispuesto para las seis de la tarde, caballeros.

No era costumbre casarse á esas horas, pero el Rey lo quería y los interesados no pensaban en discutir el punto.

—A propósito, marqués... ¡de buena te has escapado! Te doy noventa y nueve en ciento para adivinar quién había solicitado del Rey la honra de bendecir tu matrimonio... Ya estaba acordado, y quizás no hubiese podido yo impedirlo...

El tono burlón y satírico del Regente puso á Chaverny sobre la pista.

Respondió, pues, festivamente:

—¡Bah! Monseñor, todos los sacerdotes son buenos, porque representan á Dios. Sólo conozco uno que no representa ni al diablo, porque ni el diablo quiere estar tan mal representado; me refiero al Cardenal Dubois.

—Y precisamente me refiero á él, marqués.

—¡Muchas gracias!... ¿No podría Vuestra Alteza enviarlo á pasar un par de días á la Bastilla?

—¡Peste! ¡No eres partidario de las temporizaciones, tú! Pero no hace falta; tran-

quilizate. Dubois ha caído enfermo, y le es imposible jugarte esa mala pasada.

—¡Bendita sea su enfermedad!

—Hasta la tarde, señores. Eso es cuanto tenía que deciros.

## V

### La mayoría de edad del Rey

Desde las doce del día los alrededores del palacio de las Tullerías, en el cual había de celebrarse la solemne sesión del Parlamento para reconocer que, llegado el Rey á su mayor edad, cesaba la regencia y gobernaría por sí mismo Luis XV, estaban atestados de gente que se aprestaba á dar vivas á su soberano, muy satisfecho por cambiar de señor.

Caprichoso, versátil, y siempre dispuesto á divertirse á poca costa cuando podía hacerlo, el buen pueblo de París, ya distraído con la formación de las tropas vestidas de gala, que cubrían la carrera, se aprestaba á entusiasmarse contemplando al Rey y á los cortesanos en traje de Corte, los purpurados cardenales, los obispos y arzobispos con sus vestiduras moradas, los capitanes generales y maestros de campo; los ministros, los príncipes de Francia, los